

Enrique Molina

Complejidades del alma rusa *

— ¿  ON qué rasgos se describe generalmente a este pueblo ruso a quien el destino preparaba los más tremendos azotes de la descomposición civil y política y de una guerra desastrosa?

En la base de la sociedad rusa se encuentra el océano de los mujics, campesinos y pastores, que pueblan las aldeas y las estepas y llanuras interminables del país semi-asiático. Han pasado por él como piratas y se han establecido en él como tiranos los jinetes mongoles, viniendo del oriente, y los aventureros nórdicos y germanos que descendieron del oeste. Por esto el régimen zarista fué una mezcla mal avenida de barbarie tartárica y de disciplina prusiana. De los mujics trasplantados a las ciudades ha salido principalmente el pequeño proletariado industrial de principios del siglo.

El mujic es conocido por su fatalismo y su capacidad mansa y pasiva de trabajo y de sufrimiento. Puede

* Capítulo de un libro en prensa, titulado «La Revolución Rusa y la dictadura bolchevista».

mostrarse sublime de paciencia, dulzura y resignación, lo que no quita que a la vez sea perezoso y sensual. Luego, de repente, protesta, se rebela y se torna brutal. Su furor lo lleva a cometer crímenes espantosos, venganzas feroces, al paroxismo de la maldad y de la barbarie. Es propio de su psicología pasar de un estado de alma a otro: de la sumisión a la revuelta, de la inercia al furor, del ascetismo a la lujuria, de la dulzura a la ferocidad. «Imaginaos una selva en invierno, se dice en *Los Hermanos Karamazov*, en medio de la cual se halla un mujic vestido de un caftán andrajoso. Parece reflexionar, pero no reflexiona; se halla perdido en un sueño obscuro. Si se le tocara, se sobresaltaría y miraría a su alrededor sin comprender, como quien se despierta bruscamente de un dormir profundo. Volverá tal vez rápidamente en sí, pero si se le pregunta cuál ha sido su sueño, no sabrá decirlo, porque no se acordará de nada. Sin embargo, conserva de este sopor impresiones profundas que le deleitan y que se van acumulando en él inconscientemente. Un día, quizás un año después de tales ensueños, partirá, abandonará todo y se irá a Jerusalem para asegurar la salvación de su alma, o bien... incendiará su aldea, o aun... cometerá primero el crimen y luego emprenderá la peregrinación santa. Hay muchos tipos semejantes en nuestro pueblo».

Generalizando la pintura anterior, dice M. Paleologue: «No conozco ningún país en que el pacto social se halle más impregnado del espíritu tradicional y re-

ligioso; en que la vida doméstica sea más seria, más patriarcal, más llena de dulzura y de afección, más envuelta de poesía íntima y de respeto; en que los deberes y las cargas de la familia sean aceptados más generosamente; en que se soporten con más paciencia las contrariedades y las privaciones, las miserias y las mezquindades de la vida cotidiana. Al revés, en ningún país tampoco las rebeliones individuales son tan frecuentes como en Rusia ni estallan con tanta resonancia y brusquedad. A este respecto, la crónica de los crímenes pasionales y de los escándalos mundanos abundan en ejemplos que sobrecogen. No hay exceso de que el hombre y la mujer rusa no sean capaces cuando han decidido manifestarse como seres libres».

En la última visita que Turguenief hizo a Yasnaia Poliana, dijo a Tolstoi las siguientes palabras, casi proféticas:

«Dentro de diez años, León Nicolaievitch, si aun vivimos, estaremos sentados tranquilamente en la galería, aquí o en mi casa de Spasskoe, y veremos de pronto que por la puerta de la hacienda se dirige hacia nosotros un grupo de campesinos. Se nos acercarán, y cuando les preguntemos: ¿Qué es lo que deseáis, amigos?, responderán con cierta vacilación, balanceándose y rascándose el cogote: «La asamblea de campesinos ha decidido ahorcarte, Juan Sevgueievitch, lo mismo que a estos señores. No creas que somos unos herejes; recita tus oraciones y luego te colgaremos, como está decidido».

Concuerta con la anterior anécdota, una relación que

sir Jorge Buchanan hace en su obra *My Mission to Russia*:

«Es preciso recordar, dice, un suceso que explica en cierto modo el estado mental del campesino ruso. Me fué contado por un amigo que me juró por su honor la verdad del hecho. Ultimamente, un propietario rural fué condenado a muerte por los bolcheviques. Se dijo a los campesinos que a ellos incumbía ejecutar la sentencia. Fueron en demanda del propietario por la mañana, cayeron de rodillas ante él y le dieron las gracias por haber sido siempre un buen amo. Pero habían recibido una orden que debían ejecutar a toda costa, y a causa de ello le suplicaron que les siguiera. Lo llevaron a un bosque cercano y ahí le mataron tranquilamente».

No hay país civilizado, expresa M. Paleologue, en que la condición social de la mujer sea tan miserable, se encuentre tan atrasada como entre los campesinos rusos. Todos los novelistas que han descrito las costumbres rurales, se hallan de acuerdo para representarnos habitualmente a la campesina como abrumada por los más rudos trabajos, reducida a la servidumbre en su hogar, agotada por los embarazos y las enfermedades, teniendo que sufrir los peores asaltos de la lujuria, las querellas incesantes y viéndose arrollada a golpes por el menor pretexto. Confirman esta descripción los frecuentes casos de violencia y de lubricidad que registran las crónicas judiciales. La moralidad sexual descende a un nivel muy bajo en las aldeas. El jefe de familia se arroga privilegios sobre todas las mujeres que viven

bajo su techo. Lo largo de las noches invernales, la falta de luz, la estrechez de las habitaciones, la promiscuidad de los habitantes favorecen las cópulas más vergonzosas. Nada más frecuente que el incesto entre el suegro y la nuera cuando el joven esposo hace su servicio militar en un regimiento o trabaja en la ciudad. Los campos son los que principalmente surten de prostitutas a las ciudades. Tal era el caso antes de la revolución. Ahora la prostitución ha desaparecido en gran parte. Waldo Frank dice que en las calles de Leningrado no encontró sino una sola cortesana y que le pareció un ser extraño en esas arterias llenas de obreros.

El pueblo ruso muestra siempre simpatía por los borrachos, dice Dostoyewsky, y no reprocha jamás al criminal el delito que ha cometido. Se lo perdona por el castigo que pueda venirle encima. Llama al crimen una desgracia y al criminal un desgraciado.

Se manifiesta de esta suerte el hombre ruso compasivo y sentimental. Hay fatalismo y piedad en el fondo de su alma. Lo cual no quita que por alguna de esas reacciones caprichosas y violentas a que está sujeto, pueda a la vez ser cruel. Se revela en todo esto falta del sentimiento de responsabilidad, resignación, pasivo avenimiento con el desorden. N i t c h e v o es seguramente la palabra que se oye más a menudo en boca de los rusos. A cada momento, con cualquier motivo, se les oye decir, n i t c h e v o , n i t c h e v o : eso no es nada, eso no tiene ninguna importancia.

Waldo Frank, el conocido escritor norteamericano, ha hecho un relato interesantísimo de un viaje que efectuó recientemente por el Volga. Iba a tomar en Nijni un vaporcito que se le dijo que saldría a las once de la mañana, con lo cual se podía dar ya por descontado que no zarparía antes de las tres de la tarde. Como aun después de esta hora no se divisara el vapor, a una pregunta de Frank se le contestó que llegaría pronto. Este «pronto» en Rusia puede ser un minuto, una hora, un día. «Este es un trozo de la Rusia viva, dice Frank, la Rusia que espera». El ruso no cuenta el tiempo. Sus unidades son tan indeterminadas como un grado de circunferencia, que puede medir ya un milímetro, ya un millar de kilómetros.

Detrás de una palizada esperan centenares de hombres, mujeres y niños la llegada del vapor, en medio de sacos de ropa, canastos y cajas de su equipaje. Transcurre el día y esa multitud pasa la noche muerta de hambre y frío bajo las estrellas. No hay protestas y dormitan sobre sus bultos. Cuando llega el vapor al día siguiente, lo asaltan como ganado. Unos a otros se empujan. Los de más atrás quieren subir por las espaldas de los de más adelante. Las mujeres son pisoteadas; los hijos separados de sus madres llenan el aire de gritos clamorosos. Los bultos caen al agua. La escena se va a repetir más o menos en cada puerto en que recale el vapor.

Al fin todos los pasajeros se hallan a bordo. Esta gente ha pasado, probablemente, más de veinte horas sin comer. En tierra no han encontrado cómo aplacar su hambre. Tampoco lo encontrarán en el vapor. Más vale dormir. Después de unas cuantas horas de sueño, Frank se levanta con el estómago en ascuas. Pregunta por la hora del desayuno. Es a las nueve, le contesta un mecánico.—Pero son las nueve y media y no puedo conseguir nada, observa Frank.—¿Y qué mayor importancia tiene eso?, le responde el mecánico visiblemente molesto de encontrarse con un hombre que se detiene en semejantes pequeñeces. En Rusia no se come a sus horas sino cuando se puede.

Frank va a ver a los pasajeros del pueblo. Ocupan las cubiertas o puentes del vapor. Tendidos sobre las tablas manchadas de petróleo duermen plácidamente, no teniendo muchos otra almohada que una barra de fierro. Una mujer está comiendo manzanas podridas; hiende con deleite sus dientes blancos en la pulpa blanda y negruzca. Frank la envidia, porque siente tanta hambre, que quisiera poder comer de esas manzanas. Al fin se resuelve a ello, le compra un rublo y llena de manzanas su sombrero, su abrigo, sus manos. Con esta fruta podrida devuelve cierta tranquilidad a su estómago desesperado. Hay en el vapor una muchacha que es como una *bonne a tout faire*: atiende a los camarotes, al comedor y a la cantina. De ella obtuvo a la postre Frank un poco de té y se repuso.

Nuestro viajero y su compañero de viaje, que le sirve

de intérprete, ha observado la falta de capitán en el vapor. Debe ir de paisano, dice el intérprete, porque como los víveres se han agotado totalmente puede temer, con razón, que lo echen al agua.

Los pasajeros que han ido subiendo han llenado todas las cubiertas, escaleras y pasillos de la embarcación. No se puede andar sin atropellar o pisar a alguien. Una mujercita ha tendido una pequeña alfombra delante de la puerta misma del camarote de Frank y se ha establecido ahí con sus tres chiquillos. De día y de noche se mueven, gritan y lloran.

Reflexionemos. Solemos quejarnos, con razón, de la falta de confort de los vapores que hacen el tráfico por nuestros canales. Convengamos en que, comparados con el vaporcito descrito por Frank, serían dignos, por su relativa comodidad y su orden, de ser ofrecidos a Cleopatra, a la reina de Sabá o a un lord inglés.



Las noticias de todos los observadores y escritores concuerdan en que el pueblo ruso es, o si queréis, ha sido profundamente religioso. Substraído en gran parte a la influencia de las culturas griega y latina, recibió más plenamente que el Occidente el sello del cristianismo. El Occidente, saturado de helenismo y latinismo, ha tenido que aliar su espíritu cristiano con elementos paganos, mientras que los rusos han llegado a ser más cristianos en un sentido primitivo. La piedad del mujic

es ingenua y simple, impregnada de misticismo o sujeta a supersticiones. Aunque lo considera raro, no rechaza el milagro.

El Sermón de la Montaña resume casi toda la religión del pueblo ruso. De la revelación cristiana lo que toma vida en su alma es principalmente el misterio de la caridad. Es infinita la compasión del mujic por los pobres, los humildes, los ofendidos, los desgraciados de toda especie. La resonancia de estos sentimientos es, dice Paleologue, lo que imprime a la obra de Dostoyewsky un acento tan vivo de verdad nacional. El pueblo ha sido más creyente o, por lo menos, más cristiano que su Iglesia. Hay en la piedad de las masas más espiritualismo, más inspiración evangélica que en la teología y en las prescripciones ortodoxas. Dejándose dominar por la autocracia, convirtiéndose en una institución administrativa y policial, la Iglesia oficial fué perdiendo día a día su imperio sobre las almas. El clero, por su lado, pasó a ser una casta cerrada, sin dignidad, sin instrucción, sin contacto con las grandes corrientes del siglo.

El cura de aldea es casi siempre hijo de pope y pertenece, por consiguiente, desde su nacimiento a la casta sacerdotal. Luego se casa con la hija de un clérigo, lo que concluye de encerrarlo dentro de su casta. Su obra espiritual se reduce a practicar algunos ritos litúrgicos, a enseñar el catecismo y a administrar los sacramentos. No dispone de libros, ni de diarios, ni revistas, y carece de los medios para procurárselos. Su

principal ocupación consiste en cultivar la parcela de tierra que le ha adjudicado la comuna. De otra manera no podría vivir. Los mujics son duros para soltar los *k o p e c s*. Regatean mucho antes de pagar la bendición de un matrimonio, un bautismo, una extremaunción o la bendición de un campo o de una *i s b a*; y no pocas veces en la discusión se ven los popes tratados de pillos, ladrones, borrachos y crápulas, y hasta son apaleados.

Lo que no obsta a que el campesino reconozca la necesidad del ministerio eclesiástico. El novelista Ouspensky pone en boca de uno de sus personajes las siguientes sabrosas palabras: «El mujic comete pecados por los cuales ni el tabernero, ni el prefecto de policía, ni aun el gobernador pueden darle la absolución. Un pope es, pues, necesario para el caso. Lo mismo si el Señor concede una buena cosecha y el campesino quiere darle las gracias encendiendo un cirio. Para esto necesita también un sacerdote. Porque ¿dónde iría a colocar un cirio? ¿En el correo, en la alcaldía? No, en la iglesia. Seguramente nuestro pope no vale gran cosa: está siempre ebrio. Pero ¿qué importa? El administrador de correos es también un borracho y, sin embargo, despacha perfectamente las cartas».

El desprestigio de la Iglesia trajo consigo la indiferencia de las clases superiores y que grandes sectores de la población, almas animadas de espíritu místico y a veces ascético, cayeran en las aberraciones de las sectas. Las ha habido de una variedad enorme, conmovedoras y aterradoras. La de los «bebedores de leche»,

que han aspirado a realizar la vida galilea en su pureza integral. La de los «errantes», que para escaparse del reino del Anticristo viajan incansablemente a través de las estepas y de las selvas heladas de Siberia. La de los *Khlystys*, que se entregan a éxtasis eróticos y dicen que en esos momentos Cristo se encarna en ellos. Rasputín fué el más caracterizado de sus adeptos. La de los *Skoptzy*, que se mutilan y se convierten en eunucos voluntarios para librarse de las tentaciones y de los pecados de la carne. La de «la muerte roja», en que centenares de personas se suicidaban por el fuego, se quemaban vivas para purificarse y ganar el cielo. Pobladores de aldeas enteras fanatizadas se negaban a pagar contribuciones, por ser éstas cosas del Anticristo, y ante la amenaza de que los cobradores vendrían con la policía preferían enterrarse vivos para no pagar e irse al cielo.

En reuniones mundanas se habla de espiritismo, de apariciones, de quiromancia, de presentimientos, de telepatía, de metempsicosis, de embrujamientos. Los rusos tienen la pasión de lo maravilloso y parece que su pensamiento no se interesa verdaderamente sino por lo sobrenatural y lo invisible, lo irreal y lo absurdo.



Extraño pueblo en verdad. La mayor parte de los personajes de las novelas de Dostoyewsky son violentos, fácilmente irritables, inconsecuentes en sus actitudes

e incoherentes en sus expresiones. Con frecuencia, a la vez, borrachos; abundan entre ellos los tísicos, epilépticos y neurasténicos. Obran predominantemente, movidos por impulsos momentáneos, como sujetos al capricho de vientos mudables o de fuerzas extrañas que ellos no pueden controlar. Parecen marionetes o sonámbulos. Rara vez se encuentran en ellos esas cualidades que más estimamos en los seres normales: la serenidad, la voluntad, la razón. Las reacciones de su alma no se pueden prever. Son caprichosos. Parecen no perseguir jamás propósitos definidos salvo cuando quieren satisfacer sus pasiones o ejecutar un crimen. Tienen los más de estos personajes una característica de los animales silvestres: comen y duermen en el mayor desorden, cuando pueden y donde les toca.

Cuando el propio Dostoyewsky ha querido condensar en una sola silueta los rasgos distintivos del hombre de su raza ha dicho en su «Diario de un escritor» lo siguiente:

«El ruso tiene siempre necesidad de sobrepasar la medida, de llegar al precipicio, de inclinarse sobre él para explorar su fondo y aun de arrojarse en él como un loco. Es la necesidad de la negación del hombre de parte del hombre más creyente, la negación de todo, la negación de los sentimientos más sagrados, del ideal más elevado, de las cosas más santas y de la patria. En las horas críticas de su vida personal o de su vida nacional el ruso se declara con una precipitación pavorosa por el bien o por el mal. Bajo la influencia del furor, del al-

cohol, del amor, del erotismo, del orgullo, de la envidia, se muestra súbitamente dispuesto a romperlo todo, familia, tradición, creencias. El mejor de los hombres se transforma así en un malvado, que no quiere más que renegar de sí mismo, aniquilarse en una convulsión brusca. Despliega, por lo demás, la misma impetuosidad, para salvar su alma cuando ha llegado el último límite de todo. . . . El nihilismo no se ha producido entre nosotros sino porque todos somos nihilistas».

Coincide con los anteriores juicios, de una manera notable, la opinión de Turgueniev, que dice que «los rusos despliegan una extraordinaria maestría para hacer fracasar todas sus empresas. Parten para escalar el cielo; pero, a poco de haber partido, notan que el cielo se halla muy alto. Entonces no piensan más que en caer lo más pronto que se pueda y haciéndose el mayor daño posible».

M. Paleologue, dice que en la mayor parte de los rusos la inestabilidad moral es tal que jamás se hallan contentos donde están y que no pueden gozar de nada hasta el fin. Necesitan, sin cesar, algo nuevo, algo imprevisto, emociones más intensas, sacudidas más fuertes, alegrías más salpimentadas. De aquí la busca continua de los excitantes y de los narcóticos, un insaciable apetito de aventuras y el gusto apasionado por los deslices. Una heroína de Turgueniev preguntaba a su interlocutor: ¿Por qué será que cuando gozamos de una audición musical, de una bella soirée, de una conversación íntima con alguien que nos es simpático, éste goce nos parece

como una alusión a una felicidad desconocida y lejana, más bien que una felicidad real de que estuviéramos disfrutando positivamente?—Y él responde: —Uno no está bien sino donde no está».

Por la condición anotada tal vez ninguna sociedad es más accesible al fastidio que la sociedad rusa. Ninguna paga un tributo más pesado a esta plaga moral. Indolencia, atonía, torpor, desorientación; gestos de fatiga y bostezos; despertares sobresaltados e impresiones bruscas; prontitud para cansarse de todo; apetito insaciable de cambio; necesidad perpetua de distraerse y de aturdirse; prodigalidades locas; gusto por las extravagancias; por el libertinaje ruidoso y desatentado; horror de la soledad; cambio continuo de visitas sin motivo y de telefonazos inútiles; complacencia para con los ensueños mórbidos y presentimientos sombríos; todos estos rasgos de carácter y de conducta que se observan en los rusos no son más que la manifestación multiforme del tedio.

No deja de tener relación con lo anterior lo que dice todavía el mismo embajador francés antes citado.

«Después de vivir dos años en Petrograd, expresa M. Paleologue, el rasgo que más me ha llamado la atención en mis conversaciones con los políticos, militares, hombres de mundo, funcionarios, periodistas, financieros, industriales y profesores es el carácter vago, movible, inconsistente de sus concepciones y de sus proyectos. Hay siempre en ellos alguna falta de coordinación y de continuidad. La relación de los hechos y de

las ideas es incierta, los cálculos son aproximativos, las perspectivas confusas e indeterminadas. Qué de accidentes y fracasos se explican en esta guerra (la de 1914-1918) por el hecho de que los rusos no perciben la realidad sino a través de una bruma de ensueños, y no tienen la noción exacta ni del tiempo ni del espacio. Su imaginación es eminentemente dispersiva: no se complace sino con las representaciones vaporosas y flúidas, en las construcciones imprecisas e inorgánicas. Quizás por tal motivo son tan sensibles a la música». Esto dicho en sentido recto; pero se cuentan también manifestaciones viciosas de esta sensibilidad. Una dama hacía venir una orquesta de tzíganos a tocar al lado de la alcoba en que estaba con su amante.

Un escritor ha dicho que el ruso es tal vez el más idealista de los hombres. Pero su idealismo se complace en lo vago y en lo quimérico y lo hace entusiasmarse por las empresas más utópicas. Un rasgo del idealismo ruso es querer proyectar sus quimeras en un radio de acción mundial. El novelista Goncharov ridiculiza a su héroe Omoblov haciéndole decir que las ideas que va a aplicar en la administración de su finca son tan perfectas que ofrecerán nuevos modelos a su país, a la Europa y a la humanidad. Pero ese idealismo capaz de suma exaltación en un principio, suele caer fácilmente en el desengaño, y carecer de perseverancia para persistir en la acción. Todo el vago idealismo y melancolía de un alma femenina rusa están expresados en las siguientes palabras: «Las novelas de nuestra vida, sin excepción,

se terminan en un fracaso, dice una mujer. Ningún hombre podría darnos lo que esperamos, porque no sabemos lo que esperamos y, probablemente, lo que esperamos no existe».

La larga enumeración de rasgos característicos del pueblo ruso que acabamos de hacer, puede parecer confusa. No habría sido difícil tal vez delinear un esbozo más simétrico, pero habría resultado caprichoso y menos congruente con la compleja y misteriosa realidad del modelo. ¿No ha dicho Dostoyewsky que el alma rusa es llena de tinieblas, y Turgueniev que el alma eslava es una selva oscura?



Cabría preguntarse qué correlación habrá habido entre las cualidades del pueblo ruso y la tiranía y la servidumbre seculares que ha sufrido. La psicología de una raza no es una cosa inmutable. No ha faltado quien diga, refiriéndose sobre todo a los rusos del siglo XIX, simpatizantes con la anarquía y con cuanto tuviera sabor a licencia, que ellos hicieron del estado zarista despótico una necesidad histórica. Pero sería más acertado pensar que las cargas de un destino adverso impidieron el conveniente desarrollo de las facultades del alma rusa. Un pueblo que no recibió la sólida armazón de la cultura jurídica romana, que no gozó de la espléndida influencia del Renacimiento, y para el cual casi no han existido las revoluciones inglesas y francesas, educadoras

de pueblos, ha tenido que afrontar los problemas de su vida nacional con un gran vacío en su concepto del derecho, con desconocimiento del respeto debido a la individualidad humana y con carencia poco menos que absoluta de educación política. «Si se encuentran tres alemanes, se dice en Rusia, forman Un Verein y eligen un presidente. Si se encuentran dos rusos forman tres partidos».

Ignorando las prácticas de la ciudadanía, no siendo posible su desarrollo bajo la opresión del despotismo de los zares, el pueblo ruso, en busca de satisfacción para las necesidades de su alma, experimentó la desviación de las fuerzas de su idealismo y tuvo que dar en soñador quimérico, tuvo que entregarse a las tentativas de revoluciones histéricas y a los azares del terrorismo.